

Parsimoniosa, reflexiva, esta obra que no tiene más de tres años de diseñada, se ha ido desarrollando con tal tranquilidad y aplomo como para convertirse en un trabajo clave de la gráfica actual venezolana. El móvil más visible en esta espléndida serie de densas formas tubulares relacionadas con planos, es la investigación del espacio. La vinculación contradictoria del volumen y el plano; la ruptura del plano por la inserción ilusoria de la forma tubular; el poderoso movimiento con que dichas formas se abren camino mediante la fuerza del color, han sido analizados con ojo increíblemente atento, casi más propio de un investigador que d un artista. En el proceso de este estudio las relaciones se han enriquecido, las posibilidades relacionales crecieron, la concepción se volvió más unitaria y pudo englobar, cada vez con mayor eficacia, la contradicción plano-volumen.

Pero todo esto parece referirse al desarrollo inteligente y metódico de un tema, y tal descripción solo daría cuenta de un aspecto de la obra de Susy Iglicki.

El otro aspecto, que establece un balance con la curiosidad el celo investigativo, es su calidad sensible, su condición de artista creador dotado de un espíritu muy particular, de un punto de vista grave y quizás solemne . Su personalidad seria y responsable, su falta de humor, su voluntad de trabajar en profundidad y no en superficie, apuntalan ese otro aspecto sensible, que ya concierne a los motivos individuales que tiene alguien para expresarse plásticamente.

Tengo la impresión que Susy Iglicki trabaja y se expresa para comprender la forma, más que para dominarla; para reflexionar sobre ella, y no para distraerse perfeccionándola.

De ahí que sea una obra con tono, con temperatura, caso bastante infrecuente en los jóvenes que se satisfacen con los buenos resultados de un trabajo manual.

En las obras del 75 y 76, Susy Iglicki llegó a una gran perfección técnica: sus serigrafías acusan un manejo realmente virtuoso de esa técnica para conseguir el delicado y exacto punto cromático que se persigue. Las más brillantes y casi escandalosas de color no se dejan arrastrar, sin embargo, por ese aparente entusiasmo cromático: al quedar sujeto a la lentitud del encuentro entre forma orgánica y geometría, el color siempre está sometido a la tiranía de la reflexión sobre figura y lugar: por eso la exposición no se desborda ni flamea (como ocurría con la magnífica muestra de pintura de Margot Romer, con quien Susy tiene muchos puntos de contacto en cuanto a su comportamiento de artista), sino que se bloquea en los límites de la razón. Esta obra solicita una doble lectura: por un lado, una lectura que lleve al reconocimiento de la estructura formal: pero también otra lectura que perciba los límites que se ha impuesto la propia artista y que, como resultado más perceptible, dan ese clima denso y austero. Obra atípica y solitaria en el arte venezolano, no debe ser examinada a la ligera: sería desoír una empeñosa y casi obsesiva meditación sobre las formas donde queda impresa la melancolía, la decisión, el coraje de dar explicaciones de un universo visual que debe tener sentido.

MARTA TRABA

**Museo de Arte Moderno – Bogotá, Colombia, Abril 1977**

